

La habitación roja

Humberto Guzmán

EL HORIZONTE ESTABA PINTADO de rosa y naranja cuando Juan José disminuyó la velocidad de su automóvil apenas a tiempo para tomar la pronunciada y larga curva, llamada La Pera, de la carretera nueva a Cuernavaca. Esta ruta la conocía muy bien, la había transitado tantas veces, pero el deseo -o el temor, o ambos- de ver a Xóchitl -la Nombre Azteca, como le llamaba cuando estaba de broma- otra vez lo hacía distraerse. No pasó del susto, el paisaje se le agitó por un instante, suspiró al retomar la línea recta, pero el corazón le golpeaba el pecho. No debo perder la cabeza, si no quiero perder otra cosa, dijo, y trató de concentrarse en lo que hacía.

La caída de la noche era inminente. Las primeras líneas de oscuridad manchaban la colina arbolada a su costado. Fue, entonces, cuando escuchó el primer alarido. Primero pensó que había sido un animal. Por el volumen debió ser uno grande. Pero, ¿un animal grande en la carretera nueva de la ciudad de México a Cuernavaca? Concluyó que estaba muy nervioso y eso había propiciado que se distrajera al conducir y que su imaginación se desbordara. Sin embargo, pronto lo sacudió el segundo alarido, más agudo y más largo. Parecía el aullido de una loba. ¿O era el grito de una mujer endemoniada? Un aire frío, y en seguida uno caliente, lo recorrió de pies a cabeza. La noche cayó de golpe sobre la carretera y la colina. Loba, mujer poseída, o lo que haya sido, mejor la dejamos atrás. Aceleró aún más; después de un rato, disminuyó la velocidad; sólo trató de llegar y de no seguir pensando tonterías.

No obstante, desde el principio de su amistad con Xóchitl, ésta siempre le había hecho caer en algo más que tonterías, en situaciones erráticas, confusas y, más aún,

peligrosas. ¿Lo haría caer una vez más? Por lo visto, sí. Esa tarde, después de recibir un telefonema suyo en la oficina, adelantó algunos compromisos, tomó su automóvil y se enfiló hacia la “ciudad de la eterna primavera”, que, con la presencia de Xóchitl, estaría llena de penumbra.

Esa vez, como tantas otras, acudía a su llamado sin demora. Eran las reglas no dichas de un juego cada más turbio. Mientras no se hacía presente él se olvidaba de ella, pero ésta apenas daba señales de vida, aceptaba verla de inmediato. Era como un control a larga distancia. Sabía de sobra que no le convenía establecer un vínculo muy fuerte con una mujer de la que no sabía casi nada. Había llegado a la presunción, sin embargo, de que se alimentaba de la compañía masculina, no sólo requería de la respuesta sexual de los hombres, sino, además, de cierto elemento fundamental que no acertaba a definir.

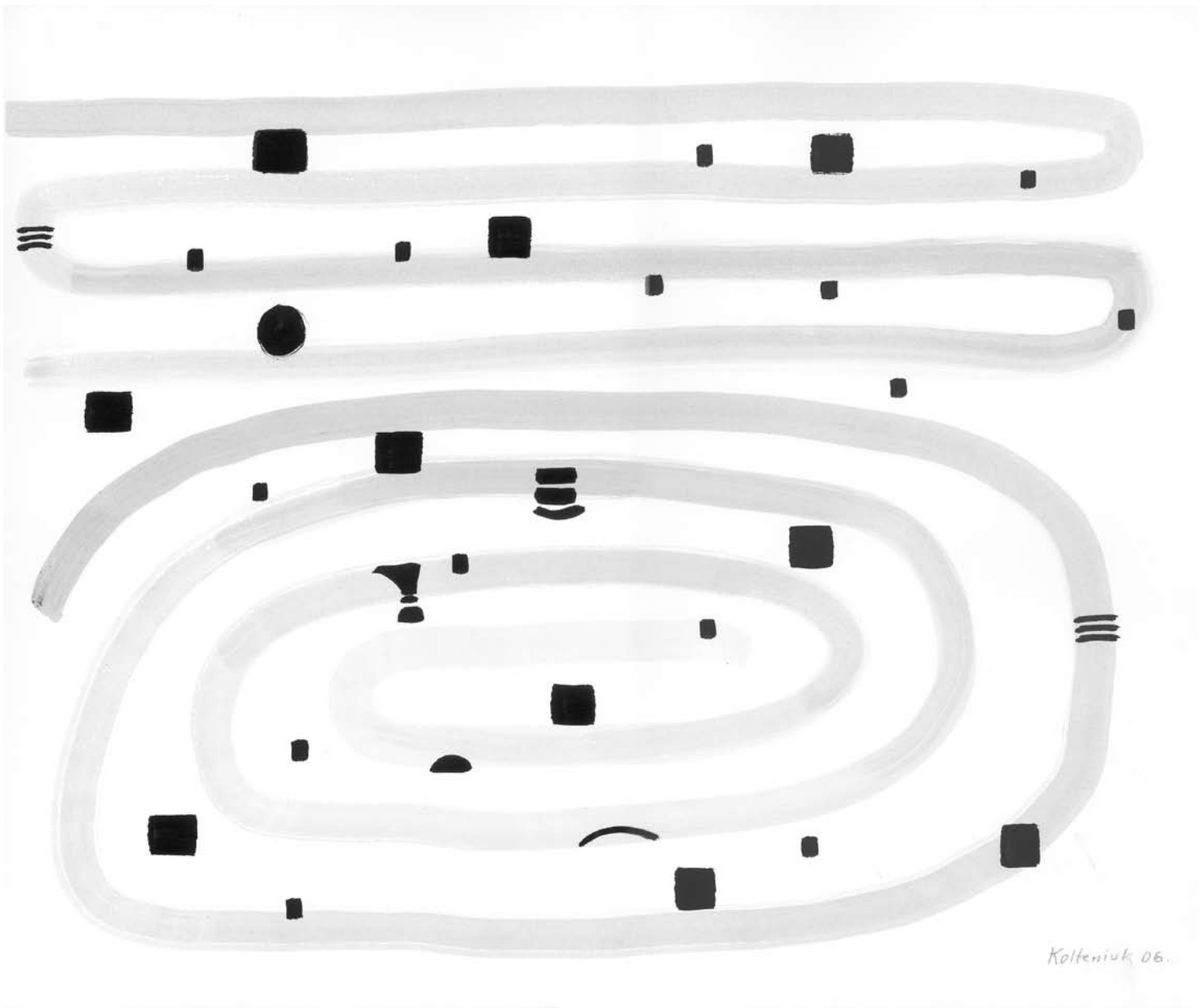
La había conocido en la Universidad de México donde él desempeñaba un cargo administrativo en el área de humanidades. En ese momento ella vivía con un profesor, que él debió tratar en la oficina, y éste los presentó. Silenciosa, de raro atuendo personal, bajo el que parecía ocultarse, y que, no obstante, subrayaba unos kilitos de más que llevaba a cuestas. Era una mujer que no le interesaba, por lo tanto, la había olvidado. Meses después, recibiría un telefonema.

—Hola -dijo una voz femenina que habría de conocer bien-, soy Xóchitl Ramírez. ¿Te acuerdas de mí?

Juan José no quiso ofender a la presunta conocida, y sólo titubeó, dando tiempo para reconocerla.

—Nos conocimos en el coctel de la universidad que...

Ah, sí, ¿cómo no? Lo invitó a una exposición de sus cuadros. Ah, tú pintas. Y, como era de esperarse, al despedirse



Kolteniuk 06.

le mandó saludos a ¿su amigo, o marido?, que tampoco recordaba bien. Lo que ella aprovechó para abandonarse a un sorpresivo e imparable llanto, mientras explicaba, de manera entrecortada, que ése se había marchado. No te preocupes, regresa en unos días. Pero es que se llevó sus cosas. Nada había qué hacer. Seguramente, se fue con otra menos desaliñada, pensó Juan José.

Pronto aparecieron las primeras colonias, conjuntos habitacionales, de la ya sobrepoblada Cuernavaca. Se quiso convencer de que había pasado un mal rato en la carretera. Se consideraba un hombre sensato, al inicio del siglo XXI, y no iba a dejarse llevar, dijo, por sensaciones supersticiosas. Pero, ¿por qué, a pesar de todo, iba a encontrarse con esa extraña mujer? La vida está llena de sinsentidos inexplicables. Y su relación con esa mujer era, sin duda, lo más inexplicable. No tenían nada en común, al contrario, de

no haber aceptado su asedio para que se acostaran desde la primera cita, con lo que se originó un inesperado tipo de estrecha relación, la despreciaría inclusive. Aceptaba de esa manera a una mujer que en el fondo rechazaba.

Tenía otra cita ese día, pero, al oír sus lloriqueos, le dio lástima, lo que ésta quería despertar, así que prometió que estaría en la exposición, aunque fuera tarde. En realidad, asistió por compromiso. No eran amigos, ni siquiera se conocían y, como se apuntó antes, tampoco le interesaba como mujer. Llegó al final de la exhibición, como fue anunciado. Se quedó en un extremo de la sala tratando de encontrar con la mirada a Xóchitl. No la localizó, preguntó a uno de los asistentes quién era la expositora. Cuando la señalaron, se sorprendió. Había pasado junto de ella sin reconocerla. Se había cortado el pelo al rape, ensartado una argolla en la nariz -él pensó que de ahí se le podía en-

cadena como a un oso domesticado- y lucía un tatuaje en el hombro derecho, que él no tenía por qué haberlo visto. Vestía de negro, con anillos en cada dedo y raros colgajos en el pecho. Los labios y las uñas, pintados con un color muy oscuro, resaltaban sobre un fondo de maquillaje blanco marfil. Era un hermoso espectro para noche de brujas.

—Parece una araña, una “viuda negra”, de cabeza pequeña, pelona -se le ocurrió, sin quitarle los ojos de encima y no necesariamente con ánimo de disminuirla, ya que todavía no tenían ningún trato.

Pasó la mirada sobre los cuadros expuestos y se dio cuenta de que lo que menos le interesaba a Xóchitl era pintar. Sin técnica alguna, esbozaba cuerpos de hombres y mujeres copulando de diversas maneras que conducían a la pobreza de la mera anécdota. Él no era un mojigato, pero se preguntó, ¿qué sentido tenía pintar de ese modo? Si lo hacía para asustar, no asustaba a nadie, más bien era algo para divertir. Algunos de los asistentes, que como suele ser en esos casos, eran sus amigos, sonreían. Ella es para divertir a los demás, de ahí su disfraz, se dijo, y no se equivocó... de principio. Sin embargo, el cambio sufrido era notable. De la mujer doméstica, aunque gorda, invisible, que conoció al lado de aquel profesor que apenas recordaba, a la “mujer mala” o de *halloween* que ahora pretendía ser, era un buen trecho. Había perdido esos kilitos de más y su figura se veía mucho mejor. Era evidente que luchaba por alejarse del recuerdo de ese hombre que no la había comprendido, como diría poco después, o por abandonar más bien a la mujer que había sido con él. De cualquier modo, el resultado era el mismo: por un lado, la vulgaridad, y por el otro, la fatalidad, como se podrá apreciar.

Antes de despedirse, la felicitó -había que hacerlo- y ella preguntó cuándo podrían verse para comentar sus cuadros. Entre lo que se dijo, él recordó que iría el viernes próximo a un espectáculo de flamenco en el Palacio de Bellas Artes, que había triunfado en otras importantes capitales del mundo. Ella declaró que le encantaría verlo también. Y se despidieron, sin quedar en nada, pero con la promesa de telefonarse pronto.

Ese viernes, la noche era brillante, con una luna enorme, blanca. Según su costumbre, Juan José llegó con puntualidad al recinto de las Bellas Artes, en el Centro Histórico de la ciudad, que, majestuoso, irradiaba luz. Poco después de haber ocupado su asiento numerado, mientras leía el programa de mano, una voz familiar le pidió que le permitiera pasar. Se puso de pie y se encontró, lleno de estupor, con los ojos cafés, pequeños, huidizos, de esa mujer.

—¡Hola! -exclamó él sin saber qué agregar y tratando de recordar su nombre.

—¡Hola! ¡Qué coincidencia!, ¿verdad?

Demasiada coincidencia para ser sólo eso. Al vestido negro y estafalario, el pelo rapado, la pintura impresionista del rostro, la argolla en la nariz, todo lo recibió sin aspavientos, pero agradeció que no lo hubiera encontrado en la entrada, para no ser visto con ella. Aunque, lo pensó, la salida juntos era inminente. Ojalá que no me encuentre ningún conocido.

—Qué gusto -dijo, hipócrita, sin recordar aún su nombre-, qué bueno que viniste. ¿Y cómo te fue a tocar el asiento al lado del mío? Increíble coincidencia.

—Misterios, hay misterios -dijo ella con una mirada y actitud coqueta que él no percibió las veces anteriores- ¿Tú crees en los milagros?

—Pues no creía, pero a partir de ahora...

—Vas a empezar a creer, después de este encuentro, vas a empezar a creer -y ambos rieron.

Entró de lleno a Cuernavaca, cuando llegó a sus orillas, según las indicaciones recibidas, tomó una calle que se retorció, bajaba y subía, hasta llegar a una zona edificada en una colina. Ése era el lugar al que iba. ¿Por qué lo hacía? Todavía se lo preguntó. Una de las últimas veces que le permitió hacer de las suyas, fue cuando la vio llegar, muy cogidita de la mano -le gustaba revestir de inocencia, o romanticismo, a cada uno de sus encuentros sexuales-, con un tipo de aspecto soez, a la entrada de un espectáculo frívolo, del que por alguna razón se les negó la entrada. Al siguiente día le telefoneó, le dijo que la había visto, y ella lo negó con la seguridad que tenía para mentir que espantaba, no era yo, me confundiste, yo estaba en otra parte, en el concierto de mi amigo el argentino no sé qué. Pero, cómo se iba a confundir con esa mujer a la que había visto para entonces tantas veces, cubierta o descubierta con sus disfraces, desnuda, en su cuarto rojo, su recámara, pintadas de rojo las paredes y con un espejo del tamaño de un muro, la cama con cabeceras de latón y bases para grandes velas en cada esquina -como un ataúd cuadrangular-, al lado, una lámpara con pantalla roja también y ribetes de encaje negro, algunos portarretratos, fotos viejas, amarillentas, de desconocidos, y dos fotos recientes de ella, desnuda, un par de cuadros sin importancia, una pared pintarrajeada con dibujos horribles y vulgares dedicatorias de sus amigos que la visitaban -él siempre se resistió a escribir la suya-, y fuera de esto último, el cuarto parecía la recámara de un burdel provinciano de los años veinte del siglo pasado.

Pero, Xóchitl mentía como quien suda, o come, o sueña. Ni se inmutaba. Sin embargo, Juan José siempre supo que muchas de sus afirmaciones significaban lo contrario, y que muchos de los chismes que se decían de ella, eran ciertos. Lo que pasaba era que Xóchitl mentía con tanta facilidad, que el entorno la desmentía con igual facilidad. Ese mismo día en el que le dijo que no era ella la que había visto a las afueras de ese teatro, Juan José volvió a hablar alrededor de las once y media de la noche, y contestó un hombre. Volvió a marcar, tal vez se había equivocado, contestó la misma voz, y la de Xóchitl al fondo, por si hubiera dudas, preguntando quién era. Desalentado, pensó que, del mal el menos, había sido muy oportuna su decisión de último momento de no ir a visitarla aquella noche. Se hubiera llevado un buen chasco. Pero Xóchitl seguía viviendo sola y seguía amándolo -tal vez, lo esperaba, pero sin cansarse mucho-, según sus propias palabras, cada vez que decidía verlo.

En medio de la oscuridad de la noche y de esa callejuela, al borde de una barranca, el aullido de la carretera volvió a resonar en los rincones, era el mismo, agudo, largo, espantoso, y de pronto, sus luces se estrellaron contra el grueso tronco de un árbol que se erigía, como un guerrero monstruoso, que extendía sus múltiples brazos, invencible, en mitad del camino. Tuvo que frenar de emergencia, aunque iba a baja velocidad. Se echó en reversa y lo desvió retomando el camino recto. El automóvil continuó dando tumbos por el empedrado. Casas grandes, espaciadas y oscuras se levantaban a un lado y, al otro, un precipicio se abría a las luces de la ciudad de Cuernavaca.

Sudando frío, se detuvo para recuperarse del penoso viaje. La ciudad, en ese preciso instante, sufrió un sorpresivo apagón. Todo quedó hundido en las tinieblas. Y el aullido volvió a venir, en apariencia del fondo del barranco. No quiso tirar por la borda el esfuerzo invertido al dejarse llevar por el miedo, que podría ser originado por la fatiga del viaje, o la tensión porque iba a encontrarse de nuevo, y en ese lugar apartado, con la extravagante Xóchitl -aunque lo deseaba, como siempre-. Calculó que estaba a unos pasos de su destino. Entonces recordó el final de aquella noche en Bellas Artes. El espectáculo había sido, como se esperaba, espléndido. Al dirigirse al automóvil de Juan José, decidieron sentarse un momento en la barda chaparra que rodea la parte frontal del Palacio porfiriano. La noche se adornaba, entre las puntas de los edificios más altos, con una luna redonda y blanca. Platicaron sobre cosas baladíes. Ella diría poco después, no sin el dramatismo que la caracterizaba, que allí supo que Juan José era el puerto que

buscaba, perdida, como estaba, en la marejada del destino. Lo que no le dijo fue que era lo que pensaba en cada una de sus primeras citas de este tipo. Pudo ser sincera con él, pero también lo era con los otros. No cabía duda, era sincera con todos los hombres que tenía a su alcance.

—No me lleves ahora a mi casa -dijo, con ese tono quejumbroso que tenía para convencer.

Ella quiso beber una copa y él pensó que aún no quería llegar a su casa donde nadie la esperaba. Fueron a un bar, lleno de oficinistas que despedían la semana de trabajo, en donde no se podía estar mucho tiempo. Sin embargo, pasaron un buen rato, bebieron whisky con agua mineral, sugerido por él. Ella se presentaba en su faceta dócil. Ambos estaban encantados. Aunque a él no dejara de propiciarle un poco de incomodidad el exótico atuendo de su acompañante.

Salieron de allí, y se dirigieron hacia el departamento de Xóchitl, en un barrio del norte de la ciudad. Era la una de la mañana y nada anunciaba el vendaval que se cerniría sobre ellos. Estacionó el automóvil donde ella indicó. Ésta lo miró, de soslayo, sobre el hombro, calculando, zorra, y dijo con una fingida vocecita:

—No quiero que esta noche termine tan pronto. Te invito un café.

Se internaron por los andadores de una enorme unidad habitacional. La luna había sido tragada por la oscuridad y las farolas iluminaban con timidez. Llegaron al edificio que habitaba. Subieron al tercer piso. En la puerta, se notaba un hueco en el tarjetero de los nombres; abajo del mismo, se leía: Xóchitl, coronado con un garabato que quería ser una florecilla. Mi nombre significa flor, aclaró. A él nunca le impresionaron los nombres como éste y no dijo nada. Por otro lado, esa palabra no iba con el aspecto que su nueva amiga presentaba, a menos que fuera la flor de la coca o de la amapola. Al entrar, comprobó que el otro se había ido con sus cosas. Se observaban las huellas de lo que antes hubo. Sin embargo, el espacio fue aprovechado. Los muros estaban pintados de negro, el techo azul, con estrellas de plástico pegadas. Cuando se apaga la luz se iluminan, dijo. Una escenografía infantil de la noche. Yo misma pinté y decoré mi casa, aclaró orgullosa. Sobre los muros negros, resaltaban las acuarelas de la exhibición. Faltaban varias; las había vendido, o regalado. En medio del ambiente infantil de su departamento, las figuras desnudas que se esclavizaban unas a otras, cobraban una verdadera perversión. Le llamó la atención una donde las figuras eran como un jinete y su montura. Xóchitl observó su interés.

—Ésta me gusta, no pienso deshacerme de ella, ¿a ti también te gusta?

—Es muy... excitante -dijo él, y ella lo miró con su mirada de medio lado.

Entre feos estantes de metal gris, cargados de una reliquia de enciclopedia, herencia de su abuelo, dijo, y en una mesa pintada de un chillante color rosa, que algunos nombran rosa mexicano, esperó el café que resultó turco para, después de beberlo, interpretar las figuras del asiento. Dijo que sabía leer el café y las cartas. A Juan José le hicieron gracia sus dotes de bruja. Había múltiples motivos ornamentales con forma de flor, su nombre y amuleto. Hasta entonces observó que sus anillos tenían una flor, el prendedor y lo que llevaba colgando al cuello también. A Juan José le pareció todo eso, al principio, sólo una mezcla de mal gusto, infantilismo o narcisismo, pero lo que no notó él entonces es que además se percibía cierta confusión de otro orden, quizás mental.

Sacó de un baúl una botella de ginebra, bebida que a él no le gustaba. Se sirvió una copa para ella y para él trajo una cerveza del refrigerador -pero a esa hora no se antojaba-. Ella parecía no recordar ya el abandono de su amante. (¿Y el torrente de sus lágrimas?) Estaba de buen humor. Luego, vendría el ritual de voltear las tacitas de café para la lectura. Xóchitl, levantó la de Juan José y empezó a estudiar el escurrimiento del asiento del café desde varios ángulos.

—Te veo, con la forma de un árbol, fuerte, generoso, y a tu lado, una mujer sin rostro. Esta mujer está bien plantada a tu lado -lo miró con su mirada de tres cuartos, estudiando su posible reacción-. Yo creo que esta mujer aún sin rostro... soy yo.

Después de lo revelado, él sonrió más por cortesía que como confirmación. De cualquier manera, como todas esas cosas, no dejaba de ser algo ingenioso. Podía ser ella, ¿por qué no? Aunque también podría ser otra. Pero, no se atrevió a expresar sus dudas. Entre los objetos de la sala le llamó la atención la fotografía de un cuerpo femenino desnudo, con el rostro borrado por una sombra. Se acercó a observarlo. Reconoció el taburete sobre el que se levantaba, era el mismo que tenía al lado.

—Eres tú, ¿verdad? -dijo.

Ella guardó un silencio que parecía una promesa, o una amenaza.

—Es un bonito desnudo -terminó, vigilado por la sonrisa de ella.

Continuaron hablando. Mientras, él se dijo, con satisfacción, que todo indicaba que Xóchitl era del tipo de chica

que se podía tomar a la primera. Y no se equivocó, aunque tampoco era tan simple, su mirada de soslayo ocultaba algo que él no percibió a tiempo.

De pronto, Xóchitl se puso de pie y dijo que le gustaba cerrar sus reuniones con un disfraz. Él pensó que más disfraz que el que traía no era posible. Ella se dirigió a su recámara y sin cerrar la puerta, después de encender una luz roja, comenzó a despojarse del suéter, la falda, los zapatos. Juan José pensó que había esperado demasiado, y se dirigió hacia la recámara. En tanto se dejaba asombrar por el decorado de burdel de pueblo de los años veinte, con luz roja y pantallas también rojas con encajes negros, se acercó detrás de ella, que se encontraba casi desnuda -encontró su figura atractiva, excitante-, frente a un espejo de pared y, sin más preámbulos, la abrazó y buscó sus labios que, húmedos y entreabiertos, lo esperaban.

Interpretó la súbita respiración agitada de su nueva amiga y la angustia en su pecho como un mal vaticinio. A pesar de que no tenía por qué enterarse aún que Xóchitl le reservaba algunas sorpresas, más allá del mágico ritual del sexo. Este último: la carnada que ofrecía en su telaraña. Y la ocasión que se narra aquí no tenía por qué ser diferente. ¿Por qué acudía a su llamado una vez más? Aceptaba su castigo -el castigo de involucrarse con la mujer equivocada-. ¿Acaso expiaba alguna culpa?, ya que no se entendía de otro modo. En ese instante, y bajo la oscuridad de la noche de Cuernavaca, lo cubrió el calor de la habitación con una débil luz roja, paredes rojas y velas encendidas en las cuatro esquinas de la cama -como un ataúd, pensaba Juan José, como una piedra de sacrificios prehispánica, pero esa realidad sacrílega lo excitaba y lo entregaba aún más-. Miró hacia el gran espejo de un costado de la cama y se vio, en la atmósfera enrarecida y púrpura de la habitación, rodeado de las luces brillantes y temblorosas de las velas, montando a una yegua, que levantaba su cabeza de crin cortada, que mostraba su rostro desfigurado y emitía un aullido, que él, entonces, tomó como sólo un raro e impredecible quejido de placer.

Un temblor sacudió a Juan José, todavía dentro de su vehículo, a unos pasos de la casa en donde se encontraría con Xóchitl. La ciudad, en lo bajo, continuaba a oscuras, informe. Se adivinaba como algo vivo, un animal, un molusco, desconocido, oculto, al acecho, que le anunció, con su silencio y mimetismo, que estaba bajo el poder más oscuro. Aún podía dar media vuelta y escapar del embrujo. Sin embargo, no lo hizo, tal vez no quería hacerlo, tal vez, aunque no sin temor, quería entregarse.

Ante la barda de piedra que rodeaba la casa, la duda casi lo detiene. No obstante, venció la parte de su voluntad que lo empujaba hacia esa mujer y lo hizo llamar a la puerta. Oyó, o creyó oír el aullido de la carretera, pero, demasiado cerca, de hecho lo oyó a sus espaldas. Ya era tarde. En seguida, se abrió la puerta, sin que nadie se mostrara ante el recién llegado, pero dejándole el paso franco.



Un relámpago sordo iluminó instantáneamente esa calleja perdida, la puerta abierta, la casa al fondo y a él, a solas, en medio de esa extrañeza. Después de ese momento lleno de nada, decidió entrar y, detrás de la puerta, descubrió a una sombra en la oscuridad, que no podía ser más que la misteriosa Xóchtil, con su mirada oblicua, sin sonreír, sin abrir la boca, vestida con una túnica o bata negra ceñida a la cintura con una cinta del mismo material, adornos plateados en los brazos, manos y cuello -luego vería las uñas doradas postizas-, pestañas largas también postizas, las cejas

con polvo de brillantina, así como alrededor de los ojos, los labios pintados de blanco y el pelo rapado, pero con una nueva tonalidad color naranja. Su aspecto era carnavalesco, patético, o... infernal.

—Creí que ya no ibas a venir -dijo, mientras cruzaban el jardín hacia el interior de la casa-, ¿estaba muy congestionada la carretera?

Una vez adentro, ahora con su gesto infantil característico, ella abrió los brazos en alto y, sonriendo como un payasito que se hace el gracioso ante los niños, se ofreció. El temor quedó conjurado. Era la brujiita caliente de siempre. Se la iba a coger y se iba a ir. Sólo había que hacer eso. Iba a montar a la yegua por la pradera ardiente. Enfrentaría el peligro de que el animal lo perdiera. Es cierto. Pero, estaba solo, como ella, al parecer, sin compromisos y con ansiedades. ¿Por qué no iban a hacerlo? Ella explicó que la casa era de una amiga, se la había prestado ese fin de semana, para que se recuperara de la depresión en la que había caído por la razón que él no ignoraba. No pudo resistir y lo llamó. Él no le creía mucho. Pese a todo, algo los unía y los volvía a unir. ¿Para qué buscar más explicaciones?

—Todavía podemos construir algo juntos, amor -dijo, doliente.

Quizás al principio Juan José no supo a qué se refería con frases como ésa, pero ahora no podía engañarse. Las cartas estaban sobre la mesa.

—Quiero mi anillo.

Interiormente, él se resistía, ya que la idea del matrimonio y la familia, que ella, para su asombro, intentaba imponerle, no encajaban con el estereotipo de su imagen. Era evidente, él no pensaba en el matrimonio al acostarse con ella. No solía recordarla siquiera con sus disfraces, sino desnuda, galopando en la pradera del gran espejo de burdel de pueblo de su cuarto rojo. No, no la concebía de otra manera. Aquél era, en fin, el territorio donde ella desplegaba su poder sobre el otro. Pero, Xóchtil sí estaba segura de lo que quería en la habitación roja y fuera de ésta también.

La casa era espaciosa, de muros gruesos y fríos, con muebles que eran una burda imitación de antigüedades, de su conjunto rezumaba algo impersonal y violento. En las paredes del salón se exhibían varias fotografías, enmarcadas, que querían ser artísticas. Eran los cuerpos desnudos de una mujer y un hombre con las cabezas encapuchadas, en diversas posturas obscenas. Juan José recordó las pinturas de la exposición de Xóchitl. Mirando a la mujer de las fotografías, lo pensó un poco antes de preguntar:

—Ésta, ¿también eres tú?

—No -contestó ella, con su naturalidad pasmosa para mentir-, ¿por qué habría de ser yo? La casa no es mía.

Pero sólo faltaba quitarle la capucha para ver el pelo rapado, y lo que quedaba de él coloreado en tonos fosforescentes, la argolla en la nariz, la mirada oblicua, acuosa, brillante, los labios pintados de negro, o de blanco, ensalibados, inflamados por la excitación, todo lo que él conocía tan bien y que era lo que lo dominaba en la habitación roja y en el insomnio infernal de su deseo. No soportó, por supuesto, verla gozando (parecía que la usaban, que la forzaban) con otro en las fotografías, como tampoco saber que de todos modos era aficionada a tales prácticas. Inevitablemente, lo atrapó el sufrimiento que le causaba ese hecho -al inicio de su amistad no era así-. Las cosas no eran tan fáciles como él pretendía.

Bebieron de una botella de vino, de etiqueta desconocida, que ella tenía preparada. Subió el volumen de una música de características hindúes, así como el olor a incienso. La luz general fue sustituida por la indirecta de lámparas ocultas. Daba comienzo un rito que él adivinaba y, secretamente, esperaba con algo de zozobra.

El vino se le subió a la cabeza desde el primer sorbo y pronto sintió que estaba sumergido en la somnolencia de alguna droga disuelta en el líquido púrpura. Vio a su anfitriona que lo tomó de la mano y lo condujo con suavidad a una habitación. Se sentía sin reflejos, sin voluntad. Apenas en la entrada, oyó ruidos en la sala que habían dejado atrás. Temió que estuvieran ocultos otros invitados y se preparara una orgía sin su conocimiento. Se imaginó un ritual que llevaría al sacrificio de una víctima. Él se vio como la víctima única de la fiesta dedicada a dioses ancestrales, perversos. Su boca rió, con una carcajada, sin que él interviniera. Aquel temor y la risa loca lo hizo querer escapar. Dio media

vuelta, algunos pasos inseguros, pero, sin el total control de su cuerpo, tropezó y cayó de bruces.

Ya no le fue fácil moverse, permaneció en esa lamentable postura. En seguida vio que Xóchitl, sonriente, trataba de levantarlo. ¿Qué te pasó? ¿Te sientes mal? No te preocupes, es la alegría que sentimos porque nos vamos a casar. ¿Qué, nos vamos a casar, aquí? Ven conmigo, corazón. Se dejó llevar de nuevo, como un niño, a la habitación enrojecida. Hasta entonces observó algo que lo inmovilizó. Con espejos laterales, en la parte media del frente, se erigía un altar que, aunque él no supiera de tales cosas parecía estar dedicado a las deidades del mal. Vio, aterrorizado, como imagen central, a un ser, mitad macho cabrío y mitad hombre, sentado en cuclillas, en perfecto equilibrio, las patas con pezuña cubiertas de largo pelo, grandes alas negras de murciélago desplegadas que nacían de su espalda, una estrella de cinco puntas en la frente, en medio de los largos y retorcidos cuernos, sobre unos ojos fieros que lanzaban fuego y una tea de llama amarilla y anaranjada en la mano izquierda, en tanto que la mano derecha, abierta, con un signo incomprensible en la palma, era mostrada en alto. Él, por supuesto, no creía en tales símbolos, propios de mentes confusas y desviadas. Pero, el solo hecho de ver la imagen de este espantoso ser (¿o era el Diablo, ¿Xóchitl era adoradora del Diablo?, aunque es cierto que este símbolo ha perdido vigencia en nuestros días no dejaba de ser impresionante por sí mismo y más si alguien, como ella parecía serlo, le dedicaba su cuerpo y alma tan expresamente), en medio de esos juegos de velas encendidas -como en su recámara de la ciudad de México-, objetos e imágenes extraños, lo abrumó y debilitó aún más.

Xóchitl, sin pérdida de tiempo, se adelantó hacia ese altar de la inmundicia, desató con una de sus manos la cinta que ceñía la túnica negra y, con movimientos ligeros de hombros y brazos, ésta cayó al piso cubierto con una alfombra roja. Su cuerpo, sin ser perfecto, le atrajo de nuevo: era joven, de unos veintitantos años, sensual. Esto era más claro ahora que la tenía a un paso, desnuda, sin intenciones de tomarla. Ella se arrodilló ante el altar y dijo algunas frases que él no quiso memorizar, encendió más incienso, continuó diciendo oraciones desconocidas y señalando movimientos de sometimiento a la deidad del mal. En esa misma posición, se apoyó con la manos en el

piso y, en cuatro pies, volvió la cabeza rapada y miró hacia donde estaba Juan José.

—Ven -le dijo en voz baja.

Él vio la cabeza rapada y anaranjada, la argolla en la nariz y los ojillos oscuros, centelleantes, que lo miraban, la espalda tensa, la redondez de sus caderas, los senos colgando, que le recordaron a los de la loba de Rómulo y Remo, quiso tomarlos de esa manera infantil, y sin evitarlo -a eso había ido, a qué más-, se arrastró hasta el cuerpo, de perturbadora postura, de Xóchitl, que esperaba, en silencio, sin dejar de mirarlo y atraerlo hipnóticamente. A un lado de ella, creyó beber dulce leche de esos senos que pendían como frutos maduros. Después, volvió a verse en los espejos, cabalgando a un animal, que tampoco era yegua, puesto que lanzó un largo y espantoso aullido de loba, ahora sí idéntico al escuchado en la carretera.

Las flamas de las velas temblaron y una de éstas cayó al piso, apagándose por fortuna. Impresionado, se separó de Xóchitl, que continuó aullando. Un olor agrídulce, asqueroso, impregnó el aire caliente que se respiraba. En los espejos se vio reflejado, pero, por la escasa y temblorosa luz, su imagen estaba deformada por las sombras y con una mancha oscura en el vientre. Bajó la vista y, con un poco de esfuerzo, distinguió el rojo de la sangre en el bajoventre, entre las piernas y... -no podía creerlo, no quería...- sólo había allí la mancha de sangre viva aún, de un color grana intenso, no había nada más.

Muerto de miedo, gritó una, muchas veces, entre los espejos y ante la imagen diabólica del altar profano, hasta que Xóchitl, aún aullando en cuatro patas, con el trasero también sucio de sangre, empezó a dar vueltas sobre su propio eje. En pleno paroxismo, de pronto, las imágenes todas se difuminaron, los olores desaparecieron y los sonidos se acallaron.

* * *

La luz del día hirió sus ojos enrojecidos. Al reconocer el lugar donde estaba, Juan José se incorporó tan aprisa como pudo. La cabeza le dolía y le daba vueltas. Recordó, agitado, a Xóchitl, en cuatro patas, girando, mientras aullaba como una loba -qué espanto vivido en la noche pasada- y arrojó de sí la sábana que lo cobijaba -no recordó cuándo

se hizo de ésta-. Una vez de pie, vio su desnudez, vio con asco y temor que estaba manchado de sangre seca, costras de sangre muerta en el vientre y entre las piernas y... en el miembro... Se tranquilizó de alguna manera al comprender que no tenía herida alguna. ¿De dónde había venido, entonces, esa sangre? Buscó con la mirada a Xóchitl, pero fuera de él no había nadie en esa habitación roja, que aún de día la llenaba un aire de perversión. Examinó el lugar donde había caído la noche anterior, sobre la alfombra roja, no había huella de nada. No quiso ver, ni averiguar más, trató de caminar, de alejarse de allí, el esfuerzo hizo que le punzara la cabeza, le dolieran los músculos, los huesos, buscó su ropa y salió a la sala en donde tampoco encontró a nadie. No quiso buscar más. Terminó de mal vestirse, no con la rapidez con la que lo hubiera querido, y se dirigió a la puerta sin ver atrás. Cruzó el pequeño jardín, invadido de plantas y hierbas. Antes de abrir la puerta para salir, se volvió. En la casa parecía no haber nadie. Por un instante lo cruzó el miedo de que la puerta estuviera clausurada. Se arrojó a ella, la abrió y se alejó de una vez. Sentía que lo jalaban desde adentro. Fuera, su automóvil lo esperaba. Qué alivio. Comprobó con alegría que tenía la llave, los papeles del automóvil, entre sus ropas. Arrancó y mientras circulaba por esa calle retorcida, con la ciudad de Cuernavaca, cubierta con un velo gris, brumoso, al fondo, se preguntó, ¿qué había ocurrido?, ¿con quién había pasado la noche?, ¿había sido con Xóchitl realmente?, ¿o había pernoctado con un súcubo?, ¿qué significaban esas costras de sangre en el vientre, entre las piernas?, no estaba seguro de nada, pensó que tal vez nunca estuvo seguro de nada con esa extraña mujer, pero de lo que sí no dudaba era que conforme se alejaba de esa maldita casa, por esa calle como brecha retorcida, empedrada y con un grueso árbol en medio (“Te veo, con la forma de un árbol, fuerte, generoso, y a tu lado, una mujer sin rostro. Esta mujer está bien plantada a tu lado. Yo creo que esta mujer sin rostro... soy yo.”) se alejaba en definitiva de esa mujer, o bestia, y de lo que significara. La boca seca se le pegaba. Seguía alejándose de la maldita casa, cuando volvió a oír, casi apagadamente, el aullido de la loba. Nervioso, buscó alrededor, pero sólo se topó con la angustia de su propia mirada y la calleja retorcida en el espejo retrovisor de su automóvil. •